

Camila Sosa Villada

LA TRAICIÓN DE MI LENGUA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CAMILA SOSA VILLADA
LA TRAICIÓN DE MI LENGUA

TUSQUETS
EDITORES

Mi deseo no es original, es ordinario, no sorprende a nadie. Pero es mi deseo. Que mi escritura continúe en la elipsis. Mezquinar las palabras. ¿A qué maestro se le pide una enseñanza como esa? Hacer de esos saltos en el vacío momentos de escritura tácita, algo que continúa sonando incluso sin instrumentos. Poder pintar escenas ausentes, sabiendo que en la vida no existen las elipsis. Existen momentos de aburrimiento. Existen momentos de una sexualidad voraz y de una euforia que miente con ser eterna. Y no es posible hacer este salto, desprenderse de lo que no somos capaces de escribir. Pero hay un arte, algo que me propongo aprender, y es el arte de escribir lo que no se dice. Un mensaje secreto.

Por lo pronto, a mis cuarenta años y por primera vez en mi vida, con cuatro libros publicados, tomo clases de gramática. Quiero saber qué es lo que tengo entre manos. Quiero nombrar los recursos con que completo estas páginas. Necesito descansar de la intuición gramatical. De la idea de que las oraciones se resuelven bajo un criterio puramente estético.

¿Por qué hablarle al lector, por qué apelar a su atención? ¿Por qué esta segunda persona? Es la forma de atraerlos a mi mal, desviarlos del camino, ofrecer una

manzana envenenada, una casita hecha de caramelo. Pero existe otra respuesta: escribo a los afectos con quienes no ocurre la comunicación, aunque sí ocurre la literatura. Los padres, los clientes, los amigos que están lejos, las tías que comienzan a morir.

Mis lectores también son mis criaturas. Mi infestación. “Mi nombre es Legión porque somos muchos”.

Es una niña que apenas se materializa, una niña invisible, que en contadas ocasiones pasa del estado gaseoso al sólido. Habita en soledad, su voz no es oída por nadie. ¿Quiénes la escuchan? Sus mascotas, con una ternura que devasta. La escuchan los pájaros pardos que vienen a la higuera.

La hoja en blanco custodia las palabras que la niña escribe sin inocencia.

La escritura no es sorda. Recibe el estímulo de las palabras que la niña deja como alaridos en el silencio de su invisibilidad.

Sus padres sí la escuchan cuando enferma. Cuando tose, por ejemplo, cuando delira de fiebre, a veces cuando llora porque la olvidan.

En ese silencio de la imagen y la voz, la niña es un radar, registra lo que sucede a su alrededor. Sus padres llevan adelante un matrimonio sin conveniencias para ninguno. Han perdido todos los sentidos, no huelen los perfumes, no miran los atardeceres, no escuchan música. Solo sienten a través de la piel y de la boca. Se comen el uno al otro, se devoran, se mastican, tragan hasta los huesos. Es una pasión que les ha quitado todo, menos la sexualidad que los esclaviza. Un matrimonio

en el que se vieron comprometidos, o enjaulados, con cerrojos, cancelas, cadenas que hicieron imposible una huida.

“Gatos grandes no comparten jaula”.

Las palabras son elementos de tortura. El veneno de las palabras de su madre, la fuerza de descarga de las palabras de su padre.

A veces, la misma ternura de sus mascotas es usada por sus padres para hablarse entre sí. Como si mudaran de corazón.

Y al caer la helada, en las regiones donde muere el sol, cuando ya es de noche, la niña escucha algo más.

Un temblor, de paredes, de cuadros baratos que bailan en sus clavos, de una cama crujiendo, quejándose por el esfuerzo de sostener los cuerpos de dos amantes que encuentran una forma de compasión.

Gemidos, jadeos, palabras que no son dichas jamás de día, jamás en presencia de otros.

Besos que succionan la piel, cachetazos, mordidas.

La niña es llamada por esas voces y ese terremoto que ocurre en toda la casa.

Camina en puntas de pie desde su habitación hasta la habitación de los padres y se revela el origen de la perturbación, la mordida de sus padres en su vientre. Sabe que no pertenece a la escena, que no puede participar de ese fin de mundo, que la escena es para que ella la habite después en su imaginación.

La niña no tiene más de ocho años, tal vez siete. Agradece su invisibilidad. A veces, corre un poco la cortina que separa el cuarto de sus padres del resto de la casa y los ve, desnudos, jadeando, el enredo de bra-

zos, piernas, lenguas. Siempre su padre desnudo entre las piernas abiertas de su madre, como si la existencia de todas las cosas se hubiera retirado y ellos floraran en la nada de su deseo.

La invade un terror de muerte.

“El miedo y el deseo provienen de la misma raíz”, dirá Quignard muchos años después en *El sexo y el espanto*. Antes fue la escucha obscena, la exposición a la escena que finalmente encontrará en la escritura su voz definitiva, la voz del erotismo.

Regresa a su cama en puntas de pie y comienza a restregarse contra los bordes del colchón, o contra su almohada.

En una de esas noches, la niña tiene un orgasmo por primera vez. No supera los diez años. Sin embargo, es nítida la navaja que la abre desde el sexo hasta la garganta. Al mismo tiempo que sus padres hacen el amor y lo gritan para que la casa escuche, ella se desmorona en ese abismo que intentará recuperar una y otra vez hasta envejecer y convertirse en una mujer indeseable.

La noche de su primer orgasmo, la niña siente que va a morir.

Voy a morir, se dice. Y a pesar de la mano huesuda que le aprieta los tobillos e intenta arrastrarla al infierno por eso tan prohibido y a la vez imposible de evitar, no muere. Su cuerpo entero (y su alma) laten como si la niña fuera el corazón del animal del erotismo.

La pequeña crece sabiendo que en esa casa nunca fueron dos los que hacían el amor. Sin ella, el sexo de sus padres se hubiera extinguido.

Años después, cada vez que escuche o vea a una pareja hacer el amor, la niña que se convertirá en una loba moribunda sentirá su corazón detenerse y querrá participar otra vez del triángulo que la abandonó en la adolescencia, cuando sus padres comenzaron a odiarla. Fue expulsada del huracán de pieles, genitales y fluidos, y tuvo que arreglárselas sola para nutrir su deseo.

Los colmillos hundidos del orgasmo la obligan a escribir.

La niña entiende que la fuerza de la pasión de sus padres devuelve la paz a la casa. Desde entonces, el sexo quedará encadenado a la reconciliación, a la traición y al amor mismo.

Nunca están solos los cuerpos cuando cogen. Hay testigos. Cada participante trae consigo a alguien que escucha y asocia al sexo sustantivos que no tienen peso propio en el orden de la escritura.

La niña envejecida nunca tendrá paz, nunca tendrá amor ni logrará reconciliarse con el azar de su destino. Solo cultivará una sífilis y consecutivos fracasos amorosos que no serán suficiente alimento para existir.